

— (1) —



Shiba Koyen

A Luis Guimaraes

Múltiple y arrogante columnata
De criptomeras abren en la altura
Su fresco capitel, y en la espesura
A trechos surgen templos escarlata.

Pétreos Budas meditan en beata
Actitud bajo toldos de verdura,
Y un dorado crepúsculo en la anchura
Del transparente cielo se dilata.

Después la sombra á difundirse empieza,
Y confuso bullicio de ilusiones
Y de cuítas murmura en mi cabeza,

Lo mismo que animando el parque hirsuto
Gorjean sin reposo los gorriones
Y crascitan los cárabos de luto.



La Señora Flor

A Justo Garrido

Se prosterna hasta besar la limpia estera,
Y sentándose medrosa en sus talones
La Señora Flor, me mira zalamera
Prometiéndome ignoradas emociones.

Yo sentado en un cojín tomo té verde
A la vera del hibachi mortecino,
Y en un bosque laberintico se pierde
Mi razón ante aquel cuerpo femenino.

En tus ojos hay tinieblas de misterio
Hana San, y no comprendo tu lenguaje,
Y no obstante me sometes á tu imperio
Con tu exótico tocado y con tu traje.

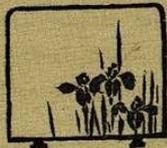
Tal vez guardas un magnífico tesoro
De ternuras refinadas y felinas;
Tal vez eres una bella estatua de oro
Y me hechices con tus formas ambarinas.

Tenue lampara ilumina con su escaso
Resplandor un antiguo kakemono,
Y unos iris que se mueren en un vaso
Se doblegan con posturas de abandono.

Cual se rompe con el viento un casto lirio
De tus galas vaporosas te despojas,
Y ofreciéndote obediente á mi delirio
Te deshojas, te deshojas, te deshojas,

Tu cintura es más endeble que un arbusto,
No se esparce tu enlutada cabellera,
Son muy tímidas las curvas de tu busto
Y muy sobria me parece tu cadera.

Más tu espasmo es como un tierno espasmo de ave,
Tus miradas si no ardientes son sumisas,
Es tu cuerpo de una seda muy süave
Y tus labios un venero de sonrisas.





Dai-Butsu

A Luis G. Urbina

Con tu dulce mirada que divisa
Hacia adentro, y sentado en áureo loto
Me haces pensar en un edén remoto
Que más allá del mundo se precisa.

Resplandece en tu rostro una indecisa
Felicidad, la luz de un sol ignoto,
Y por más que te miro nunca agoto
La benéfica miel de tu sonrisa.

Los siglos se sumergen en la obscura
Noche del infinito, la doliente
Humanidad, gimiendo de amargura,

Se arrastra ó sube en triste caravana,
Y tú sueñas, Daibutsu, eternamente
Gozando del reposo del Nirvana.





Danza de gueshas

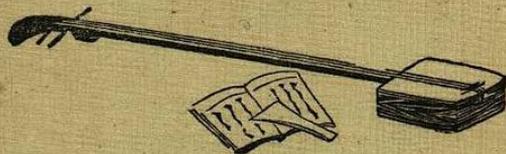
A Jose Juan Tablada

Una guesha de kimono recogido con prolijas
Elegancias, templada y templada sonriendo el oriental
Samisén de piel de gato, largo cuello, y tres clavijas
Que tocado con el plectro lanza notas de metal.

Y otra guesha de kimono rocamado de linternas
Y obi excelso que reluce cual magnífico tisú,
Borda un baile de posturas ora crueles, ora tiernas,
Que en gentil escorzo doblan su cintura de bambú.

Mientras la una guesha baila, la otra guesha tañe y canta,
Y suave como el zumbo de un insecto es la canción
Que monótona destila del panal de su garganta
Evocando los idilios y los triunfos del Japón.

Los altivos samurayes y los daimios arrogantes
Otro tiempo las oyeron saboreando rico té,
Y admiraron sus kimonos y sus obis coruscantes
Al través de las doradas transparencias del saké





Las virtudes del incienso

A la medrosa luz se espuma
Mi habitación como entre bruma
O imprecisiones de distancia,
Y desparrama su fragancia
El té en la taza de Satsuma.

No más que el tétrico sonido
Del temporal llega a mi oído,
Y fatigado, triste, á solas,
Me siento hundir entre las olas
Negras y amargas del olvido.

En una bella ausente pienso
Que me dió cielos de ventura,
Y rebotando afán inmenso
Pebetes misticos de incienso
Quemo pensando en su hermosura.

Del cincelado pebetero
De bronce leve espira sube
Que ondula á guisa de ligero
Cendal, y pronto un hechicero
Semblante asoma entre la nube,

Esa es su lánguida mirada,
Esa su boca perfumada
Que me brindó como una fresa,
Esas sus blancas manos y esa
Su cabellera desatada.

Hazme escuchar tu grata risa,
Déjame ver tu rostro bello
Que virginal pudor irisa,
Y deshojando tu sonrisa
Echa tus brazos á mi cuello.

Pero la forma que remeda
A mi adorada se consume
Cuando me acerco, y sólo queda
Humo que flota como seda
Y suaves ondas de perfume.



Samurai

A Amado Neruo

Se ciñe doble sable, y su apostura
Revela la arrogancia sin medida
Del soldado de sangre que su vida
Consagra á la lealtad y la bravura.

Como el acero es su alma tersa y dura,
Y antes la arrojará por la ancha herida
Del harakiri cruel, que dar cabida
Al dolo ó deslustrar su estirpe pura.

Fanático observante del Bushido
Brilla por cortesano y comedido,
Pero su sueño familiar y grato

Es ir á los jardines de la guerra,
Donde al caer enflorará la tierra
Lo mismo que un cerezo del Yamato.



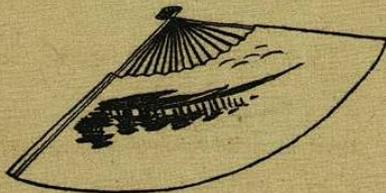
Fuji-no-yama

Del alba transparente á los albores
Muestra kimono cual de nivea espuma,
Y poco á poco su perfil se esfuma
En el cielo bañado de esplendores.

El orto luego tñe de colores
La vaporosa y matutina bruma,
Y entonces finge vaso de Satsuma
Que orna ramo policromo de flores.

Su triángulo de gráciles aristas
Es tema familiar de los artistas
Que lo dibujan amorosamente,

Y zarco delta de argentado pico,
Resalta como espléndido abanico
En los brocados rojos del poniente.



Importación del beso

Igual á un lirio virgen y sangriento,
Esplendia, musmé, tu labio fino,
Sin que nunca en su borde encarnadino
Néctar libara el samurai sediento.

Te faltaba el relámpago violento
Que ilumina el placer, el dulce vino
De la pasión, el vértigo divino
Que condensa el nirvana en un momento.

Lo mismo era tu amor que tus jardines,
Do de las flores no se ven las galas,
Pero un día, de allende los confines

Del ocaso teñido de oro y rosa
Voló á tus labios cou ligeras alas
La purpúrea y tremante mariposa.



Katana

Arma entre todas linajuda
Y del Yamato prez y emblema,
Se tiene en más su hoja desnuda
Que una reliquia ó que una gema.

Y así no mengua con los años
La claridad de sus vislumbres
Que está exenta de los daños
Que causan máculas y herrumbres.

Vaina de laca tersa y bruna
Sirve de cárcel á su acero
Que es cual glacial rayo de luna
En antro obscuro prisionero.

Entrelazada en fuerte nudo
La tsuba forma una serpiente,
Y Muramasa sólo pudo
Forjar su lámina luciente.

Objeto fué de ciego culto,
Guardián celoso del linaje,
Ningún agravio dejó inulto
Y no sufrió ningún ultraje.

Que antes blandiendo su hoja lisa
El Samurai con frías sañas
Sin que se helara su sonrisa
Se desgarraba las entrañas.

Rival de la hoja de Toledo
Por bien templado y bien bruñado,
Es como cifra del denuedo
Y el alma misma del Bushido.

